

TÚ ERES MI HIJO AMADO

BAUTISMO DEL SEÑOR – CICLO A



En esta fiesta del bautismo del Señor vemos a un Juan Bautista en plena misión, junto al Jordán. En esto ve llegar a Jesús, que también quiere bautizarse. Con intuición profética, Juan ve quién es Jesús. ¿Cómo puede necesitar el bautismo, él que es Hijo de Dios y ya está purificado de todo mal? Pero Jesús, ante el mundo, todavía es un hombre más, el hijo de José y de María, el carpintero de Nazaret. Por eso dice que *hay que cumplir con toda justicia*. Se deja bautizar en las aguas y Juan así lo acepta.

Pero ¿qué sucede? Su bautizo no es como los demás. Aparentemente nada ha cambiado. Pero en ese momento el cielo se abre, como se abrió el día de su nacimiento. No cantan los ángeles, es la voz del mismo Padre quien exclama, con todo su amor, ¡Tú eres mi hijo amado! Mi gozo, mi alegría, mi complacencia. Es como el grito de ánimo del padre que da coraje a su hijo antes de una competición, una prueba o un partido deportivo. ¡Ánimo, hijo! Te quiero y estoy contigo. Jesús va a empezar su ministerio, su vida pública, y recibe ese empuje cariñoso de Dios, que lo reafirma. Fijaos con qué palabras tan sencillas y hermosas: *Tú eres mi hijo amado...* Nada más. El amor basta. ¡Y qué amor!

Todos nosotros hemos recibido el bautismo. En ese día, aunque nadie lo viera, también el cielo se abrió y el Espíritu Santo descendió sobre nosotros. Con el agua bautismal también Dios derramó su amor. También nos miró, con enorme ternura, y nos dijo: ¡Tú eres mi hijo amado! Tú eres mi alegría. ¡Siempre estaré contigo!

La mayoría de nosotros no podemos recordar nuestro bautizo. Pero sí podemos revivir ese momento en nuestra oración. Hagamos silencio. Meditemos qué significa ser cristianos: ungidos, acariciados, mimados y elegidos por Dios. Dejémonos mirar y amar por Él. Sintámonos profundamente amados. Abrámonos a su don: él nos dará tanto como nos atrevamos a aceptar. ¿Tendremos el coraje de recibirlo? A veces pensamos que ser cristiano es cuestión de sacrificarse y dar mucho. Y sí, a menudo hay que olvidarse de sí y ponerse a trabajar por los demás y por uno mismo... pero ser cristiano, por encima de todo, es dejarse amar por Dios. Sólo su amor nos salva. Sólo su amor nos limpia. Sólo su amor hace que nuestra vida sea algo más que lucha, aguante o mera supervivencia. Sólo su amor nos transforma y puede vencer nuestros miedos y mediocridades... ¿Quieres florecer? ¡Déjate bañar por el agua viva de Dios!